

LA CLOACA ANARQUISTA

En el extremo norte de la República, entre las fronteras palpitantes de ansiedad, el jefe de uno de los cuerpos armados de la nación ha pronunciado, en honor del Presidente electo, un discurso electoral, y sus tropas, rompiendo filas, han corrido a saludar al Libertador del territorio, así como los legionarios romanos aclamaron, siglos atrás, a Tito como emperador en medio de las tiendas africanas.

En Santiago, el Ministro Jaramillo ha llamado a la Moneda al anarquista Díaz Vera, agente

a sueldo de los agitadores de Lota y Coronel, para preguntarle su opinión sobre los conflictos de esas regiones convulsionadas y reclinarse amorosamente en su regazo con las palabras benévolas que tuvo para el Gobierno.

La Federación de Estudiantes acuerda aprovechar la venida del representante de España y de su Rey para renovar en su presencia un malón araucano, en que se proteste con gritos y piedras del proceso por delito de lesa majestad seguido contra Unamuno. Al mismo tiempo aconseja a los enemigos de Chile y escapados del presidio de Ushuai que residen en Punta Arenas conmemoren el descubrimiento del estrecho y el arribo de la embajada injuriando el pabellón soberano de la patria.

Un señor Gentoso, en medio de la más delirante imbecilidad, hace votar un acuerdo para dejar constancia de que, siendo todos los demócratas subversivos, debe el Gobierno reducir a prisión a todo el partido democrático.

El agitador Broughton — aun en libertad — se telegrafía con los ministros para expresarles desde Lota que él no es partidario del estado de sitio.

Pero no hay que alarmarse de esto. Indisciplina militar, crímenes de lesa patria, destitución de todo gobierno, injurias contra los representantes de la fuerza pública, paralización del trabajo del carbón, amenazas contra el representante del Rey de España invitado expresamente por el país para honrarlo, todo eso no tiene la menor importancia.

¿No saben nuestros lectores por qué?

Porque don Javier A. Figueroa va a unificar a los liberales.

Unificados los liberales — así lo dice la gran prensa que colabora a este desorden — el comandante politiquero y Jaramillo el consolado, y Díaz Vera, el consolador, y Labarca, el augusto prisionero, y Broughton, el ministro sin cartera, y Feliú, el ídolo pascuense que ruge, y Gentoso, el cretino demócrata que desafía, se estrecharán con la tropa que rompió filas y con los aprovechados estudiantes que se van a comer al príncipe en un curanto, para hacer, en armonioso concierto, la felicidad de Chile.

¡Vean ustedes todo lo que puede hacer don Javier! Esta incongruencia, esta ceguera estúpida, este miedo dulzón que nos aflige, nos hace pensar constantemente en aquellos versos del sainetero López Silva:

A su mujer, con Quiroz,
sorprendió un día Quiñones;
y, encomendándose a Dios,
fué... y les dijo: "¡Indecen-
(tones!"

Que es como el que tiene tos
y se cala unos mitones.

Porque más vale la pena sonreír. Después que el miedo unionista corrió a tajo abierto desde el norte al sur de la República, se revienta ahora por el mismo cauce la cloaca anarquista, en los momentos en que la vieja bandera de Castilla viene a saludar a la joven tricolor republicana.

¡Estos jóvenes estudiantes son bien hidalgos!

¡Chile y nosotros
somos así, señora!

le dicen ahora, a la augusta madre España, que nos creía de su sangre.

J. D. G.